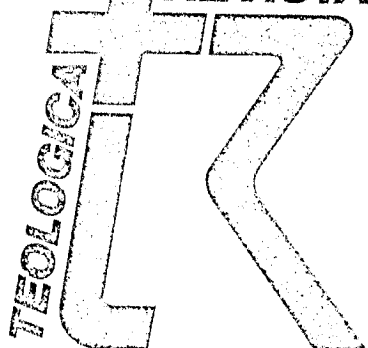
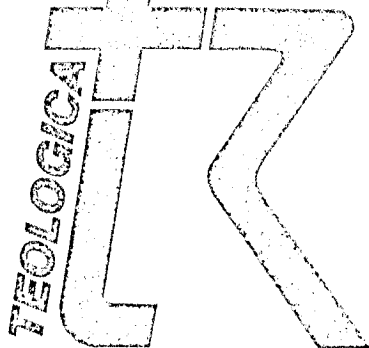
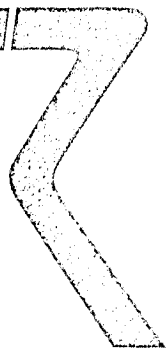


REVISTA

REVISTA

REVISTA

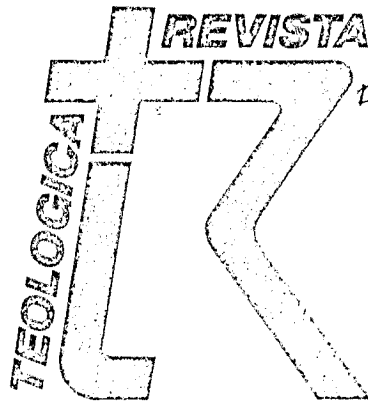


v. 42

REVISTA

REVISTA

REVISTA

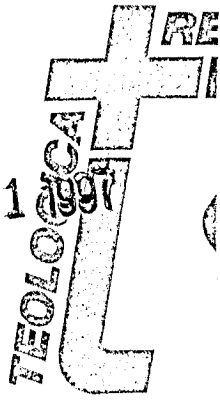


#155



AUG

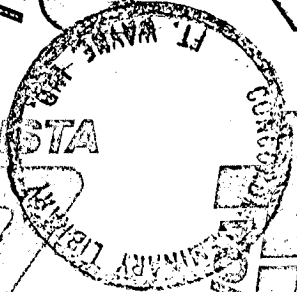
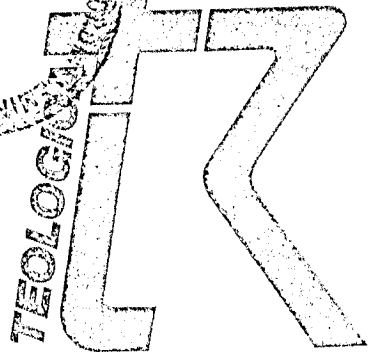
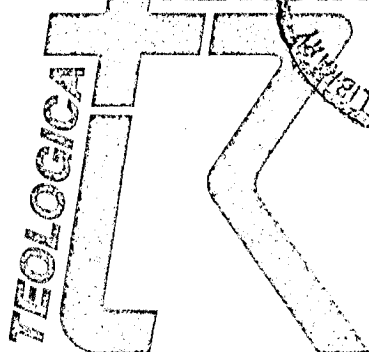
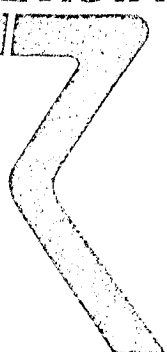
1 1997



REVISTA

REVISTA

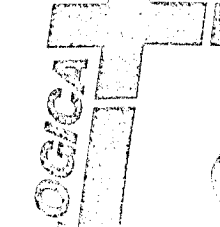
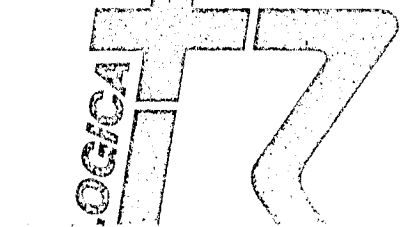
REVISTA



REVISTA

REVISTA

REVISTA





Revista Teológica

Publicación Cuatrimestral del
SEMINARIO CONCORDIA
Escuela Superior de Teología de la
IGLESIA EVANGÉLICA LUTERANA ARGENTINA

SEMINARIO CONCORDIA
Casilla de Correo N° 5 - (1655) JOSÉ LEÓN SUÁREZ
Prov. de Buenos Aires - Argentina

Año 42 - N° 155

Enero - abril de 1997

Revista
Teológica

Publicación Cuatrimestral
del SEMINARIO
CONCORDIA

Escuela Superior
de Teología
de la IGLESIA
EVANGÉLICA
LUTERANA ARGENTINA

Editor Responsable
CLAUDIO FLOR

Redacción

Cuerpo Docente
del Seminario Concordia

ANTONIO SCHIMPF
EDGAR KROEGER
JORGE E. GROH

Colaboran en este número:

Erico Sexauer
Manfred Zeuch
Salvador Dellutri

Año 42 N° 155

Índice

Editorial	
<i>C. Flor</i>	5
La predicación en la posmodernidad	
<i>S. Dellutri</i>	7
Las señales del Reino	
La eclesiología y sacramentología	
de Wolfhart Pannenberg	
<i>M. Zeuch</i>	19
La asistencia espiritual	
a enfermos y moribundos	
<i>W. Metzger</i>	38
En tus manos encomiendo	
mi espíritu	
<i>H. Hellenschmidt</i>	47

En tus manos encomiendo mi espíritu

(Salmo 31)

H. Hellenschmidt

Señor, en ti busco protección; ¡no me defraudes jamás! ¡Ponme a salvo, pues tú eres justo! (31:3). Dígnate escucharme; ¡date prisa, librame ya! ¡Sé tú mi roca protectora, sé tú mi castillo de refugio y salvación! (31:3). En tus manos encomiendo mi espíritu; ¡rescátame, Señor, Dios de la verdad! (31:5). He puesto mi confianza en el Señor. Tu amor me trae gozo y alegría. Tú has visto mis tristezas, conoces mis aflicciones (31:6,7). Señor, ten compasión de mí, pues estoy en peligro. El dolor debilita mis ojos, mi cuerpo, ¡todo mi ser! (31:9). Pero yo, Señor, confío en ti; yo he dicho: ¡"Tú eres mi Dios!" Mi vida está en tus manos (31:14,15).

Amargado, con los hombros caídos, el joven está sentado en su silla de ruedas. Hasta hace apenas un año, su mayor alegría había sido medir sus fuerzas y su rendimiento con otros de su edad en diversas competencias deportivas. Todo esto se acabó: primeros puestos, medallas, gritos de estímulo, estallidos de aplauso, todo. Lo que queda es silencio y olvido. En su club están entrenando a otro futuro campeón.

¡Duro golpe del destino! ¡Cuántos golpes hay como éste, imprevisibles, incontrolables! Caen en el momento menos pensado, y tenemos que afrontarlos de una u otra manera. Bajo su peso se nos doblan las rodillas. ¿Quién es capaz de conservar la calma al ver cómo el médico

enarca las cejas en señal de que el caso es más grave de lo que había parecido en un primer momento? ¿Quién puede evitar que un mal presentimiento atraviere su íntimo ser como un rayo?

Exactamente esto es lo que le ocurrió al hombre cuyo cántico acabamos de leer. Sobre sus hombros pesa una cruz. Escuchémosle una vez más: "El dolor debilita mis ojos, mi cuerpo, ¡todo mi ser!" (v. 9). Sus energías vitales se van acabando. Nadie viene a verlo. Los amigos de antes se hacen los desentendidos. Ha quedado completamente solo, abandonado a su mísero destino, en un callejón sin salida.

Pero a pesar de todo, hay una salida. Sólo el ojo de la fe alcanza a verla. Desde el fondo del abismo, el hombre agobiado levanta los ojos hacia lo alto. Busca y encuentra el rostro del Señor misericordioso, refugio precisamente de los cansados y desalentados, de los débiles, y de aquellos a quienes nadie tiende una mano de amigo. Tembloroso, el pobre hombre casi consumido por el miedo se dirige hacia Aquel que lo formó en el seno de su madre, que lo llamó a la vida y lo puso en este mundo, y que ahora lo invita por boca de su Hijo eterno: "Vengan a mí todos ustedes que están cansados de sus trabajos y cargas, y yo los haré descansar." Cuando ya nadie en la tierra le hace compañía, el Padre en los cielos siempre está a su lado. Ese Padre celestial le inspiró confianza; por esto, acude

a Él con el ruego: "Señor, en ti busco protección; ¡no me defraudes jamás! ¡Ponme a salvo!" Perseguido por la angustia, ansía refugiarse en las manos paternales del Todopoderoso; muerto de miedo, busca la presencia del Dios viviente.

Esta es la confianza que sostiene al hombre creyente en sus aflicciones. Sus palabras no son los gritos desesperados de alguien que está por caer al vacío.

Quien sabe orar como él, no anda desorientado de un lado para otro. No recurre a drogas, sino que también en medio del dolor quiere mantener limpios el cuerpo y el alma. No huye -ni de sí mismo ni de su infortunio. Su desgracia no lo ofuscó ni lo hundió en el pánico, porque sabe en quién apoyarse: "¡Tú eres mi protector!" Con esa sinceridad con que un hijo habla a su padre, le confiesa a Dios: No tengo a nadie que pueda ayudarme, solamente a ti. Tú eres mi Dios y mi Padre. ¡Sé tú mi roca protectora, mi castillo de refugio y salvación!

El hombre sabe: aquí no se trata de un duro golpe dado por el ciego destino, sino de una dura prueba que ha enviado el Padre celestial. Y esto le da las fuerzas para aceptar lo que Dios ha dispuesto, en lugar de alzarse en rebeldía. En medio de su triste situación, el hombre renuncia a planes y deseos personales. No quiere

tomar las riendas en sus propias manos, forzar una salida en desesperada obstinación. Ha llegado para él ese momento en que el tiempo y la eternidad se tocan de una manera tan peligrosa, decisiva e inmediata, que sólo le queda una humilde súplica: ¡Ponme a salvo, Dios y Padre mío, guíame y protégeme. ¿A quién iré sino a ti? "En tus manos encomiendo mi espíritu."

Todo esto nos permite presenciar la lucha tenaz de un hombre en cuya alma se dan batalla, en reducidísima arena, el deseo de ser puesto a salvo y el temor de ser defraudado, la fe y la duda, el valor y la desesperación. Mas la oración de este hombre: "En tus manos encomiendo mi espíritu" es todo menos que cansada resignación o fatalismo superficial con apariencia pseudo-religiosa, al estilo de "si la oración no ayuda, por lo menos no hace mal".

El hombre que confía en la fidelidad de Dios sabe que sus ruegos no se los llevará el viento. Esto hace que pierda su temor, y que confiese, en contra y a pesar de todo:

"Tu amor me trae gozo y alegría. Tú has visto mis tristezas, conoces mis aflicciones."

Muy al contrario: la persona que encomienda su espíritu en las manos de Dios, no lo entiende como una manera dudosa de desviar responsabilidades, sino como la manera segura de obtener respuesta y solución, porque confía en la fidelidad del Padre que es sostén para su hijo aun cuando este hijo se halla en peligro de tropezar o caer.

La certeza: Tú, mi Dios y Padre, no soltarás la mano de tu hijo, de tu hija:

esta certeza infunde consuelo y valor a la persona que ora así. Víctima de la más cruel adversidad, confiesa: "Tu amor me trae gozo y alegría. Tú has visto mi tristeza, conoces mis aflicciones." Es la certeza que siempre de nuevo levante el ánimo del creyente cuando se dice a sí mismo: Mi buen Señor y Salvador cumplirá también para conmigo su promesa de que "Dichosos son los que están tristes, pues Dios les dará consuelo." Pese a que sus padecimientos le siguen atormentando aún, el hombre que confía en la fidelidad de Dios sabe que sus ruegos no se los llevará el viento. Esto hace que pierda su temor, y que confiese, en contra y a pesar de todo: "Tu amor me trae gozo y alegría. Tú has visto mis tristezas, conoces mis aflicciones."

Esto abre un camino a cada uno de nosotros que pasamos por el valle del dolor: ¡el camino hacia arriba! Podemos poner fin a la huida: a la huida de nosotros mismos, de nuestra enfermedad, de los conflictos matrimoniales; a la huida de una situación al parecer insostenible que amenaza con enredarnos siempre más y más en los vaivenes y altibajos de sentimientos encontrados.

La persona para la cual Dios ha llegado a ser la Roca, el Fundamento sólido de la vida, el Castillo, el Protector y Refugio en horas de tentación y dolor, esta persona ya no es una caña sacudida por cualquier viento. En Dios halló reposo, lo que le da fuerzas para soportar, aguantar, resistir. Parece una paradoja, pero es la experiencia de toda persona que se aferra a las promesas del Señor.

"Por eso no tendremos miedo, aunque se deshaga la tierra, aunque se hundan los montes en el fondo del mar, aunque ruja el mar y se agiten sus olas, aunque tiemblen los montes a causa de su furia: Dios está en medio de nosotros; él nos sostendrá y nos ayudará." (Sal. 46).

La certeza de que el Padre en los cielos no me abandonará es motivo más que suficiente para decir, a pesar de toda apariencia en contra: "Pero yo, Señor, confío en ti; yo he dicho: ¡Tú eres mi Dios! mi vida está en tus manos."

Esta es "la paz de Dios, que es más grande de lo que el hombre puede entender." Amparados por esta paz podemos confesar y testificar con el apóstol Pablo: "Estoy convencido de que nada podrá separarnos del amor de Dios: ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los poderes y fuerzas espirituales, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra de las cosas creadas por Dios. ¡Nada podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús nuestro Señor!" (Ro. 8:38,39).

Si esta es también la experiencia y la convicción nuestra, entonces la cruz

En tus manos encomiendo mi espíritu.

de la silla de ruedas y de la vejez, la cruz de la enfermedad y de la jubilación que no alcanza para nada, si bien seguirá existiendo, tendrá un aspecto diferente. Pues la certeza de que el Padre en los

cielos no me abandonará, es motivo más que suficiente para decir, a pesar de toda apariencia en contra: "Pero yo, Señor, confío en ti; yo he dicho: ¡Tú eres mi Dios! Mi vida está en tus manos."

Pastor H. Hellenschmidt
"Kein anderes Evangelium" II/1995
Traducción: Prof. E. Sexauer

SOLICITUD DE SUSCRIPCIÓN

Sr. Suscriptor:

Si Ud. desea suscribirse a la Revista Teológica 1997, sírvase recortar el cupón que figura en el reverso, completarlo y enviarlo a la siguiente dirección:

SEMINARIO CONCORDIA
Revista Teológica
C. Correo 5
1655 - JOSÉ L. SUÁREZ
Buenos Aires - Argentina

Desde ya, le agradecemos, como así también sus valiosas sugerencias.
Rogando la bendición divina, lo saluda fraternalmente

Claudio Flor

I
M
P
O
R
T
A
N
T
E

La suscripción anual es de \$ 12.00 en Argentina, y u\$s 15.00 en el exterior. Para el pago en el país: enviar GIRO POSTAL sobre correo de José León Suárez a nombre de SEMINARIO CONCORDIA. Para el pago desde el exterior: enviar CHEQUES en DÓLARES AMERICANOS a nombre de IGLESIA EVANGÉLICA LUTERANA ARGENTINA.

Revista Teológica

Sr. Editor:

Deseo suscribirme a la Revista Teológica 199_.

Apellido y Nombre: _____

Dirección postal: _____

Adjunto cheque o giro postal por suscripcion(es).

Valor total:

Firma

.....
_____ de 19 ____
Recibimos de _____
la cantidad de _____

_____ por el pago de _____ suscripción a Revista Teológica 199_

Son \$ _____